

La mujer según Clarice Lispector

LAURA FREIXAS *

Puede decirse a grandes rasgos que la literatura escrita por mujeres gira en torno a un tema central: la mujer. No es de extrañar: la escrita por hombres ha dado el protagonismo a los varones -en la obra de Shakespeare, por ejemplo, encontramos 147 personajes femeninos sobre un total de 1.191, un mísero 12 % -y es lógico que cuando ellas acceden a la escritura, su primer impulso sea reflejar una experiencia, la suya, tan ausente de la literatura (y de la cultura en general). Es el caso de Clarice Lispector, con la particularidad de que ella no se queda, como otras autoras, en lo sociológico, sino que apunta a lo filosófico.

Al principio de *La pasión según G. H.*, la protagonista entra en el cuarto de la criada y halla un tosco dibujo en la pared de tres figuras: un hombre, una mujer y un perro. Representan las tres formas de existencia según Clarice Lispector.

Para nuestra autora, el mundo está hecho de materia sin conciencia: eso es lo que encarna el perro. Esta forma de existir -a la vez infrahumana y sobrehumana, divina -es la base, la sustancia del mundo: “todo está hecho de lo mismo”, canturrea Joana en *Cerca del corazón salvaje*. El hombre, en cambio, tiene conciencia. Pero esa conciencia -que se expresa mediante la palabra- es desgraciada, pues le permite al hombre conocer sus límites, y sobre todo, su mortalidad, contrariamente a los animales: en la primera página de *Cerca...*, aparecen unas gallinas que “no sabían que iban a morir”.

¿Y la mujer? Para Lispector, las mujeres ocupan un puesto intermedio entre lo propiamente humano, que es la conciencia, encarnada por el varón, y la naturaleza no humana. Dicho así, suena chocante, pero hay que tener en cuenta que como muchas escritoras (y otras artistas), Lispector acepta ciertas equivalencias patriarcales (como “mujer = naturaleza”), pero les atribuye un valor distinto y -hasta cierto punto- positivo. Así, en *Cerca...*, la mujer que

Escritora y crítica literaria; columnista del periódico *La Vanguardia*. Tiene textos publicados en otros importantes periódicos literarios como *Quimera*, *Espéculo*, etc. Es autora de dos libros sobre Clarice Lispector: *Clarice Lispector* (2000) y *Ladrona de rosas* (2010). E-mail: laurafreixasmadrid@gmail.com

al quedarse embarazada se convierte en “serenamente, materia prima”, escapa –aunque sea parcial y pasajera- a esa conciencia que atormenta a los seres humanos en general, pero especialmente a los varones. También en el cuento “La menor mujer del mundo”, la pigmea sin nombre, pequeña, negra, embarazada, que habita en los árboles, goza de una alegría de vivir desconocida –e incluso irritante- para el explorador blanco. Y para los occidentales cultos, hombres y mujeres, que a miles de kilómetros de África leen una noticia sobre ella.

Con lo cual llegamos a un punto importante; y es que para Lispector, la diferencia entre mujeres y hombres, por la cual aquéllas se encuentran más cerca de la naturaleza y éstos más atravesados por la conciencia, no es intrínseca, sino cultural. Es la educación, el dinero, el poder, lo que convierte a ciertas personas en más conscientes, más atormentadas y más ávidas de dominar, que otras. El hecho de que estas características las ostenten en general los hombres no significa que sean en sí masculinas, sino que quienes detentan la educación, el dinero, el poder..., estadísticamente, son los hombres más que las mujeres (y los habitantes del Primer Mundo más que los del Tercero, y los ricos más que los pobres).

Llegados a este punto, la pregunta que me gustaría hacerme es muy sencilla: quienes tienen menos conciencia ¿son, en la obra de Clarice Lispector, más felices que quienes tienen más? Parecería que sí, cuando leemos frases “¿Por qué son tan libres los perros? Porque son el misterio vivo que no se indaga” (“Las aguas del mundo”) o: “Comprende la vida porque no es suficientemente inteligente para no comprender” (*Cerca del corazón salvaje*). Recordemos, sin embargo, otros personajes lispectorianos: los animales abandonados o asesinados (“La legión extranjera”, “El crimen del profesor de matemáticas”...), las amas de casa desorientadas e impotentes (“La búsqueda de una dignidad”, “La imitación de la rosa”, “Feliz cumpleaños”, “El búfalo”...), la mujer a la que su marido intenta matar por celos (*La manzana en la oscuridad*), la mecanógrafa humillada por su novio (*La hora de la estrella*)... ¿Y por qué son desgraciadas estas mujeres, cuya proximidad al estado de naturaleza podría hacerlas felices por la comunión sensual y emocional con la vida? Por un motivo obvio: porque al no tener poder, carecen de libertad, y a menudo de dignidad. Y es que por más que a Clarice Lispector le interesen sobre todo cuestiones filosóficas -¿qué es la naturaleza? ¿qué es la conciencia?...-, lo social -la economía, el poder- moldea inevitablemente la experiencia humana.

FREIXAS, L. The Woman According to Clarice Lispector. **Olho d'água**, São José do Rio Preto, v. 7, n. 2, p. 255–256, 2015.